

## KARL MARX: SOCIOLOGO O MARXISTA\*

T. B. BOTTOMORE\*\*

LA cuestión que se plantea en el título de este trabajo no tiene como propósito agotar todos los ángulos desde los cuales sea posible enfocar la obra de Marx. Tampoco tiene el propósito de resolver por anticipado la cuestión de si un pensador —y Marx en particular— puede ser *tanto* un sociólogo *como* un marxista. Sin embargo, el plantear esta cuestión ofrece ciertas ventajas. En primer lugar, el estudio del pensamiento de Marx como uno de los primeros sistemas de sociología —vale decir, como un intento de formular nuevos conceptos para representar la estructura de sociedades enteras y para explicar cambios sociales colectivos— pone de relieve sus ideas más características y —añadiría yo— más interesantes. Esto se ha vuelto más claro con el crecimiento de los estudios sociológicos en las últimas décadas y con la revaloración correspondiente de la historia del moderno pensamiento social. Es evidente que el notable renacimiento del interés en el marxismo como un esquema teórico (lo cual contrasta con la decadencia de su atractivo intelectual como credo político) se debe en gran medida a la labor reciente de los sociólogos. Sin embargo, mucho antes, a fines del siglo XIX y en la primera década del corriente, las discusiones más fructíferas del pensamiento de Marx parecen haber sido aquellas que emergieron de alguna preocupación sociológica o filosófica —en las obras de Max Weber, Croce, Sorel y Pareto, por ejemplo— más bien que de las que se ocupaban de la crítica económica o política.<sup>1</sup>

Una de las razones más importantes que explican la revitalización presente del interés estriba en el hecho de que la teoría de Marx se opone directamente, en cada uno de los aspectos principales, a la teoría funcionalista que ha dominado la sociología y la antropología durante

---

\* Ponencia presentada ante la sesión plenaria de la Sexagésima Reunión Anual de Sociología Norteamericana, celebrada en Chicago en agosto-septiembre, 1965. La traducción del inglés se debe a José Emilio González.

\*\* Profesor de la Simon Fraser University.

<sup>1</sup> He discutido algunas de estas tempranas aportaciones, en forma más completa, en un artículo sobre sociología marxista que deberá aparecer en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*.

los últimos veinte o treinta años, teoría que ha resultado cada vez más insatisfactoria. Allí donde el funcionalismo pone el acento sobre la armonía social, el marxismo lo pone sobre el conflicto social. Mientras el funcionalismo llama la atención sobre la estabilidad y la persistencia de las formas sociales, el marxismo es radicalmente historicista en su enfoque y hace hincapié sobre la estructura mudable de la sociedad. El funcionalismo concentra sobre la ordenación de la vida social partiendo de valores y normas generales, pero el marxismo subraya la discrepancia de intereses y valores dentro de cada sociedad y el papel de la fuerza para mantener, durante un período más corto o más largo de tiempo, un orden social. El contraste entre los modelos de sociedad a base de "equilibrio" y de "conflicto", que tan vigorosamente fue expuesto en 1958 por Dahrendorf,<sup>2</sup> ahora es un lugar común y con extrema frecuencia se invoca a las teorías de Marx para oponérselas a las de Durkheim, Pareto y Malinowski, principales arquitectos de la teoría funcionalista.

Desde luego, esto no equivale a sostener que sólo el marxismo es la teoría que hace el debido reconocimiento al conflicto social y a la naturaleza histórica y mudable de las sociedades humanas ni tampoco que el mero bosquejo de los modelos de "equilibrio" y de "conflicto", utilizables en distintos contextos como construcciones alternas, aparecen como el paso final posible. Otros estudiosos, después de Marx, y notablemente Simmel y Max Weber, contribuyeron nuevos elementos a una teoría del conflicto social y del cambio social y, además, introdujeron correcciones, amplificaciones o refutaciones a alguno de los juicios de Marx. No obstante, no se puede negar que su labor sólo puede ser plenamente comprendida cuando se la considera como *posterior* a la de Marx.

La posibilidad de formular modelos alternos de la sociedad plantea difíciles problemas; problemas con los cuales han luchado los sociólogos desde los inicios de su disciplina. En cierto sentido, los sociólogos modernos siguen bregando con la vieja querrela de la reconciliación entre el "orden" y el "progreso", uno de los temas principales de la sociología de Comte. Esta afinidad intelectual dimana, en parte, de la semejanza en las condiciones sociales. Al igual que Comte, vivimos en la estela de grandes revoluciones y en medio de nuevos brotes revolucionarios y violentas transformaciones de la sociedad. Por consiguiente, la tarea más importante de la sociología parece ser ahora la de comprender lo que está sucediendo en la creación de nuevos estados, el crecimiento acelerado de la ciencia y la tecnología, la difusión del

---

<sup>2</sup> Ralph Dahrendorf, "Out of Utopia: Toward a Reorientation of Sociological Analysis," *American Journal of Sociology*, LXIV, 2 (1958).

industrialismo en todo el mundo y las revoluciones en la estructura de clases, en la familia y en los sistemas políticos. Empero, nos diferenciamos de Comte en que estamos más preocupados con descubrir una teoría satisfactoria que con exponer una nueva filosofía social y estamos más conscientes de la necesidad de dar una explicación del cambio social, mientras que Comte, quien tenía que encarar numerosas teorías del progreso de su tiempo, se sentía más ansioso de descubrir principios de "orden" y estabilidad.

El acento principal, en la teoría de Marx, se pone sobre los conflictos inmanentes a la sociedad y los cambios estructurales que se derivan de esos conflictos. Además, existe un esquema latente del desarrollo progresivo de la humanidad. Simultáneamente, la teoría en realidad incluye algunas explicaciones parciales de la solidaridad social y de la durabilidad de las formas sociales. Por ejemplo, Marx considera prolijamente las circunstancias en que se genera y se sostiene la solidaridad de clase. En lo que respecta al conjunto de la sociedad, Marx explica la perduración de una estructura particular mediante las relaciones entre clases, la posición de una clase dominante y la influencia de las "ideas rectoras". Además, Marx pronostica el advenimiento de un tipo de sociedad en que el conflicto social será eliminado mientras que la solidaridad y la armonía sociales serán completas. Con otras palabras, podemos ver en la teoría de Marx la yuxtaposición de los modelos de "conflicto" y "equilibrio" sociales en dos modos diferentes: primero, que el conflicto predomina en las relaciones sociales dentro de la sociedad como un todo, mientras que la solidaridad y el consenso prevalecen en muchos de los subgrupos —especialmente las clases—, y, segundo, que las sociedades enterizas pueden ser seriadas con arreglo a un orden histórico tal que en un período histórico—el único que hemos experimentado hasta la fecha— el conflicto sea dominante, y en otro —ubicado en el futuro— señorearán la solidaridad, la cooperación pacífica y el consenso.

No obstante, esta teoría no reconcilia adecuadamente los dos modelos, sin tomar en cuenta los errores que puede albergar en cuanto a la descripción y explicación del conflicto social o de la solidaridad de clase. Excluye, por ejemplo, la posibilidad de que el conflicto pueda engendrar o mantener la solidaridad social (posibilidad que fue explorada más sistemáticamente por Simmel). También elimina por completo al conflicto en la hipotética sociedad sin clases del futuro a la par que parece postular una situación originaria de la sociedad humana, libre de conflicto, antes de la división del trabajo y la acumulación de riquezas particulares. Este punto de vista depende de una concepción histórica que se contradice con la idea de una ciencia positiva, ciencia que en

general parece inspirar la obra madura de Marx. Podemos dar mayor o menor importancia al hegelianismo o al positivismo de la teoría de Marx, pero es imposible reconciliarlos. Isaiah Berlin, *v.g.*, ha insistido en que: "El marco de la teoría [de Marx] es fielmente hegeliano. Reconoce que la historia de la humanidad es un proceso singular, sin repeticiones, que obedece a leyes descubribles. Estas leyes son diferentes a las leyes de la física o de la química, que por ser ahistóricas, registran conjunciones y sucesiones idénticas de fenómenos vinculados entre sí, en cualquier ocasión o en cualquier sitio en que puedan repetirse; son semejantes más bien a los de la geología o la botánica, que encarnan los principios según los cuales ocurre un proceso de cambio continuo".<sup>3</sup> Por otro lado, se puede sostener que muchos de los juicios de Marx asumen, por lo menos, la forma de enunciados de leyes universales. Por ejemplo, la famosa frase: "La historia de todas las sociedades existentes hasta la fecha es la historia de las luchas de clases". Esta frase puede ser interpretada no como un principio histórico sino como una ley universal de conflicto en la sociedad humana. Parejamente, el aserto de que la forma de las instituciones sociales y de las ideas está determinada por la estructura económica de la sociedad, exige ser considerado ya sea como la expresión de una ley universal o como una regla del método. Aun cuando Marx dice que está formulando una ley de cambio, por ejemplo, "la ley de movimiento de la moderna sociedad capitalista", esto puede ser visualizado como una ley especial aplicable a un tipo particular de sociedad (capitalista o industrial) y en principio derivable de una ley más general que alude al cambio en *todas* las sociedades. Por lo tanto, las leyes del cambio social no exigen ser leyes o principios históricos, pueden ser universales y aplicables a todos los casos donde quiera que ocurran o en cualquier ocasión que sucedan.

En la propia teoría de Marx las dos concepciones coexisten —la interpretación histórica de una secuencia única de acontecimientos y la formulación de leyes universales que comprenden sucesos repetibles— y los marxistas posteriores en general han optado por una o la otra: la escuela científica o positivista se halla representada, en cierta medida, por Engels y más plenamente por Max Adler; la escuela hegelianizante por Lukács, Korsch, Marcuse y cierto número de recientes adversarios del positivismo, especialmente en Francia. Mi tesis es que la tendencia general de la obra de Marx, cuando se traza de sus primeros a sus últimos escritos, es a alejarse claramente de la filosofía de la historia y, a moverse hacia una teoría científica de la sociedad, en el sentido preciso de un *corpus* de leyes generales y enunciados empíricos pormenorizados. Naturalmente, reconozco que el desarrollo principal del

<sup>3</sup> Isaiah Berlin, *Karl Marx*, pág. 124.

marxismo no ha seguido este derrotero. En verdad, es impresionante que los aportes mayores de las investigaciones marxistas se hallen en el campo histórico, aunque aun en ese campo se han limitado a una gama corta de problemas, y que los estudios empíricos en el terreno sociológico sean raros. Hobsbawm<sup>4</sup> vuelve a exponer con gran claridad la influencia del marxismo sobre la historia económica y social. Al presentar la primera traducción inglesa del único texto en que Marx hace un extenso análisis de las sociedades precapitalistas,<sup>5</sup> Hobsbawm sostiene que Marx formula allí una teoría del *progreso* histórico más bien que un bosquejo de la evolución social, y que es en términos de esto (*i. e.*, desde el punto de vista del historiador) que debe enfocarse sus diferenciaciones entre tipos de sociedad. Hobsbawm, escudriña más tarde lo que los historiadores marxistas en efecto han realizado y concluye que los aportes recientes no son satisfactorios en ciertas direcciones, en la medida en que no han tomado en cuenta cierto tipos de sociedad —notablemente, la “sociedad asiática”— y han ampliado mucho la noción de “sociedad feudal” para llenar las lagunas. Realmente parece excesiva la preocupación de los historiadores marxistas justamente con aquellas cuestiones que Marx mismo estudió más plenamente, vale decir, la emergencia de la burguesía en el seno de la sociedad feudal, la transición del feudalismo al capitalismo y las primeras etapas de la sociedad capitalista. También, aparte del no tomar en cuenta otros tipos de estructura social, dicha preocupación ha implicado que el aporte marxista a la historia social moderna no ha sido tan sólido como era de esperarse. No han sido, en general, los marxistas quienes han estudiado de cerca el desarrollo de las modernas clases y élites sociales, de las ideologías o de los partidos políticos o quienes han tratado de analizar los movimientos revolucionarios. Este ámbito, que es el más próximo a la sociología, ha sido incuestionablemente muy influido, sino actualmente creado, por las ideas de Marx, pero la mayor parte de los estudios importantes fueron realizados por investigadores que no eran marxistas, desde Sombart, Max Weber y Michels hasta Geigen y Karl Mannheim, desde Veblen a C. Wright Mills.

En la ruta principal de la investigación sociológica no ha emergido erudito marxista alguno que pueda igualar los logros de Max Weber al utilizar los juicios muy generales de Marx sobre la relación entre las ideologías y la estructura social como punto de partida para una vasta y fecunda investigación sobre el papel de ideas y creencias religiosas

<sup>4</sup> E. J. Hobsbawm, Introduction to Karl Marx, *Pre-capitalist Economic Formations*, (1964).

<sup>5</sup> Me refiero al manuscrito, de 1857-58, que es un temprano borrador de *El capital* y que fue por primera vez publicado en Moscú (1939-41), con el título de *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* (Rohentwurf).

particulares en el cambio social y sus nexos con distintas clases sociales. Aquellos marxistas que, como Max Adler, deseaban presentar la teoría de Marx como un sistema de sociología científica en general se han limitado a discusiones metodológicas<sup>6</sup> mientras que los de la escuela hegeliana se han descarriado hacia el campo felizmente impreciso e imaginativo de la crítica literaria (Lukács) o se han entregado, como los positivistas, a reflexiones metodológicas (Sartre).

El contraste entre los logros de las escuelas marxistas más ortodoxas y aquellos estudiosos que sencillamente fueron estimulados por las ideas de Marx para iniciar por su cuenta nuevas investigaciones, desde luego, no arroja descrédito alguno sobre el propio Marx. Este siempre estuvo apasionadamente interesado en estudios fácticos sociales—desde las investigaciones de Quételet y Buret a los informes de los inspectores de fábricas inglesas y su propio proyecto de una *enquête ouvrière*—e inició en *El capital* un estudio empírico de vasto alcance, todavía no superado en la literatura de las ciencias sociales. Toda su obra, que concierta la construcción de modelos teóricos de la sociedad con la formulación de métodos de investigación y el empleo imaginativo de esos modelos y métodos en el análisis de un tipo de sistema social y sus transformaciones, no importa cómo quiera vérsela, uno de los grandes aportes a la formación de la sociología moderna. Y cuando consideramos cómo, fuera de los confines de las diversas ortodoxias marxistas, esa obra ha provocado nuevas investigaciones sociológicas, nuevas reflexiones sobre problemas de teoría y método e insistentes revaluaciones (como la que realizamos en el presente), entonces se halla plenamente justificado que la consideremos como el aporte individual más grande, el decisivo avance intelectual que estableció en forma reconocible el tema de nuestra preocupación. Si Marx se contradijo; si cometió errores; si se movió ambigualmente desde el idioma hegeliano al lenguaje de las ciencias naturales modernas y de vuelta a aquel idioma; si dejó algunos de sus conceptos en una forma lógicamente insatisfactoria; si algunas veces empleó definiciones esencialistas aunque fuera principalmente un nominalista; si exageró el conflicto social en su modelo teórico, a mí todo esto me parece excusable en un pensador que se halla al frente, abriendo nuevos caminos, cuyas ideas tuvieron la potencia de crear una nueva rama del saber; rama que, al desarrollarse, produciría los medios de corregir y refinar las formulaciones iniciales.

Lo inexcusable hubiera sido que Marx sacrificara deliberadamente la ciencia positiva a la metafísica, que hubiera buscado solamente

<sup>6</sup> Excepción notable es el estudio del derecho efectuado por Karl Renner en *The Institutions of Private Law and their Social Functions*.

aquella evidencia que respaldara una visión del mundo y de la historia creada por una imaginación poética y filosófica pero jamás puesta en duda posteriormente; en pocas palabras, que fuera antes que nada un marxista, el expositor de un credo. Marx, desde luego, *dijo* que él no era un marxista, y hay pocas razones para dudar de que no asumiera actitudes extremadamente críticas ante la exposición de sus ideas por discípulos, que así se calificaban, mientras él vivía. ¿Acaso fue que él creía que tales exposiciones no eran adecuadas o era que él objetaba a la presentación de sus ideas como un credo político? ¿Concebía él su teoría principalmente como un instrumento para descubrir y como algo que exigiría un esfuerzo intelectual mucho más arduo, antes de que estuviera lista para cumplir su propósito? En todo caso, nos es preciso distinguir entre el "marxismo" de Marx y el de los marxistas. Para Marx, su propio sistema de pensamiento no podía ser, en forma alguna, algo establecido o dado, un marco sencillo para la expresión de un fin social o político. Fue su propia creación, producto de un trabajo penoso por un largo período de tiempo, incesantemente revisada e incompleta, por propia admisión. La historia de sus empeños intelectuales, tan admirablemente expuesta por Maximilien Rubel,<sup>7</sup> muestra la forma en que Marx llegó a sus ideas principales —la anatomía de la "sociedad civil", el sistema de clase, las ideologías y el cambio revolucionario— y los planes que él formuló en su juventud para investigar minuciosamente los distintos aspectos de la sociedad moderna, pero que nunca pudo realizar. En numerosas ocasiones declaró que ya, por fin, había completado su trabajo sobre el sistema económico y ahora podría atender a los problemas de clase, régimen político e ideologías pero continuó escribiendo nuevos borradores de su análisis económico. Publicó una versión preliminar de sus descubrimientos en 1859, el volumen inicial de *El capital* en 1867, y, luego, en los últimos quince años de su vida ni tan siquiera pudo terminar las partes restantes de su análisis económico, para no referirnos a la posibilidad de abordar nuevos estudios en otras esferas de la sociedad; estudios a los que había aludido en repetidas ocasiones como vitales para el desarrollo completo de su sistema teórico. La esterilidad relativa de los últimos años de Marx puede ser explicada en formas diversas, en términos, por ejemplo, de su desaliento frente a la indiferencia que los eruditos mostraron ante su obra, o por su desilusión con el movimiento obrero después de la liquidación de la Internacional, o por su falla al no poder resolver algunos de los problemas importantes en el análisis económico del capitalismo, en fin, por la enfermedad o angustias en su hogar, pero ciertamente dicha esterilidad no puede ser explicada como resultante de una contem-

<sup>7</sup> Maximilien Rubel, *Karl Marx: Essai de biographie intellectuelle*.

plación autosatisfecha del edificio terminado de la teoría marxista, que sólo necesitará desde ese momento ser expuesta. Marx estaba demasiado consciente de la imperfección de su obra y volvió a intervalos regulares a reconsiderar algunas de sus concepciones fundamentales, por ejemplo, la clasificación de las sociedades precapitalistas y especialmente la naturaleza del tipo asiático de sociedad.

En este sentido, pues, el de estimarse el dueño de una teoría completa y terminada de la sociedad, Marx no fue un marxista. En otro sentido, que es todavía más importante en relación con la historia política del siglo xx, Marx tampoco fue un marxista: no se consideraba el originador de un credo político que deba ser adoptado como la doctrina única del movimiento de la clase obrera. Desde sus primeros hasta sus últimos escritos, Marx asume un punto de vista consistente: en una carta a Ruge, de septiembre de 1843, escribe: "... No estoy en modo alguno en favor de que alcemos nuestro propio estandarte dogmático. Por lo contrario... No nos encaramos al mundo en modo doctrinario con un nuevo principio, diciendo: ¡He aquí la verdad, inclináoos ante ella! Desarrollamos nuevos principios para el mundo partiendo de sus propios principios existentes... Podemos resumir el enfoque de nuestro *Anuario*<sup>8</sup> en una sola frase: el conocimiento que de sí (filosofía crítica) tiene la época sobre sus luchas y propósitos. Esta es una tarea para el mundo y para nosotros mismos". Y en 1880, Marx próloga su *enquête ouvrière* con un llamamiento a los trabajadores franceses para que contesten al cuestionario, ya que sólo ellos pueden describir "con conocimiento completo los males que sufren", y "sólo ellos, y no algunos salvadores providenciales, pueden aplicar enérgicamente los remedios para los males sociales que padecen".

No sostengo que Marx jamás se apartó de este punto de vista o que jamás se sintió tentado a imponer su propia concepción de los fines y de las tácticas más aptas para el movimiento de la clase obrera. Sin embargo, la reciente publicación de los anales de la Primera Internacional<sup>9</sup> ha demostrado cuán poco era el espíritu autoritario de Marx en sus actividades políticas y esto se halla confirmado por su actitud hacia la Comuna de París y su fracaso. En su relación con otros socialistas, Marx a veces da la impresión de dogmatismo, pero creo que se trata más bien de la irritación de un gran pensador creador en sus encuentros con hombres que no sólo eran mucho menos capaces pero que no tenían la devoción de Marx a la investigación científica. Proudhon, por ejemplo, fue un pensador puramente especulativo; Bakunin

<sup>8</sup> El propuesto *Deutsch-Französische Jahrbücher*, del cual se publicó en 1844 un número doble.

<sup>9</sup> *Documentés of the First International*, Vol. I, 1864-1866, Vol. II, 1866-1868 (Moscú, 1964).

un revolucionario apasionado, de ideas confusas. Ninguno de los dos jamás concibió o llevó a efecto una investigación social rigurosa; de ahí que fueran tratados por Marx con desdén, lo cual es tal vez desagradable para nosotros, pero que no deja de tener su justificación.

No cabe duda alguna de que a lo largo de toda la obra de Marx —aun en sus escritos juveniles cuando todavía trataba de librarse de las redes de la filosofía hegeliana— se descubre un compromiso profundo con la investigación de los *hechos sociales*; un compromiso que una vez más se expresa en su prefacio a la *enquête ouvrière* donde hace un llamamiento a los que "...deseando la reforma social, tienen también que desear el conocimiento *exacto* y *positivo* de las condiciones en que vive y trabaja la clase obrera, la clase a la que pertenece el futuro". Con frecuencia se ha concebido al "marxismo" en el pensamiento de Marx y en el de sus sucesores como la subordinación de ideas teóricas y de investigaciones sociales a un ideal social preconcebido y a medios rigurosamente determinados de alcanzarlo. Ya he sugerido que este punto de vista es equivocado con respecto al propio Marx, puesto que su intención confesa fue la de que su época tomara conciencia de sus *propios* empeños y aún más hacer ver a la clase obrera su situación real dentro de la sociedad capitalista, las implicaciones de su revuelta contra esta situación y el desenlace probable del movimiento de esa clase.

Sin embargo, tal vez resultaría provechoso estudiar más de cerca las relaciones entre juicios teóricos, juicios de hecho y juicios de valor en la obra de Marx. Lo primero que debe apuntarse es que en la vida de Marx el socialismo y la ciencia social se hallaban estrechamente entretreídos. A edad temprana, y probablemente a través de la influencia de las doctrinas de Saint-Simon, se convirtió en simpatizador del movimiento de la clase obrera. Este compromiso con el socialismo en verdad precedió a la formulación completa de sus teorías sociológicas. A pesar de ello, desde el principio se hallaba igualmente impresionado por la nueva "ciencia de la sociedad", prefigurada en los escritos de Saint-Simon (luego en el libro de Lorenz von Stein sobre el movimiento social en Francia). Además, la lectura posteriormente de los historiadores de la Revolución Francesa de los economistas políticos bastó para persuadirle de que emergía un nuevo campo y un nuevo método en el estudio de la vida social del hombre y que el desarrollo del capitalismo y el crecimiento del movimiento obrero constituían el tema esencial de ese estudio. Desde ese momento —más o menos a mediados de la década de 1840— la participación de Marx en el movimiento socialista y sus esfuerzos por hacer progresar la ciencia teórica de la sociedad se desarrollaron conjuntamente y se fertilizaron entre sí. Esto,

después de todo no es sorprendente ni raro. Los más grandes científicos sociales se han apasionado en torno a algún problema social. Han sido con frecuencia personas que tomaban partido en forma tajante —pensemos en un Max Weber, en un Durkheim, en un Pareto— y esto puede explicar la significación y la vibración intelectual de su obra. El problema es si esta actitud de tomar partido se manifiesta demasiado vigorosamente, no en lo que atañe sencillamente a la selección de temas de investigación, sino en la formación de conceptos y modelos —que se convierten en tipos ideales de índole excesivamente ideal— y en la manera como realizan y presentan sus investigaciones, que se vuelven demasiado selectivas, demasiado acorazadas contra el descubrimiento posible de casos en contrario. En lo que respecta a Marx hay también un problema más profundo. (Esto también se puede decir de otros, especialmente de Durkheim). ¿Acaso la teoría, o el esquema más amplio de pensamiento, guarda en su seno una teoría del conocimiento que borra la diferencia entre hecho y valor? Con este motivo, sería preciso tomar en cuenta aquí varios rasgos del pensamiento de Marx. La idea de la determinación social del pensamiento parece destruir la autonomía de los juicios morales, pero en manera idéntica destruye la autonomía de todos los juicios (incluso los juicios que constituyen la propia teoría de Marx, de modo que pierde sentido el preguntarse si son verdaderos o falsos). Empero, este problema no es exclusivo de la teoría de Marx. Lo es de cualquier teoría determinista —y en sentido amplio de cualquier teoría científica— en psicología o sociología. Por la otra vertiente se puede sostener que una de las virtudes de la teoría social de Marx estriba en que abre más posibilidades al trabajo creador de la razón humana en la formación de las instituciones sociales.<sup>10</sup>

En la teoría de las ideologías de Marx aparece un problema más específico. En esa teoría se excluye a la ciencia del reino de las ideas socialmente determinadas pero las nociones morales se vuelven íntegramente ideológicas en el sentido de reflejar los intereses de las clases sociales. Esto introduce el relativismo en las ideas morales, y, sin embargo, Marx expresa ideas que parecen constituir juicios morales absolutos. Si ello es así, hay contradicción en su pensamiento. La controversia en torno a esta cuestión se ha expresado en tiempos recientes con términos un poco diferentes, como resultado del interés en los primeros escritos de Marx. ¿Existe para Marx una esencia permanente, inmutable, del hombre, que se halla alineada en ciertas formas de la sociedad pero que en otras puede encontrar su expresión plena y que,

<sup>10</sup> Marcuse, en *Reason and Revolution*, defiende la "filosofía crítica" de Marx y combate en estos términos el positivismo sociológico de Comte; más recientemente Sartre en su *Question de méthode* ha argumentado en forma similar.

por lo tanto, puede ser concebida como un ideal moral en alguna versión de una moralidad de autorrealización? ¿O es la esencia del hombre un fenómeno puramente histórico, de modo que es imposible formular un ideal universal o un criterio de moralidad? No ensayaré resolver aquí este problema. Marx no intentó hacerlo, y, para decir lo menos, su pensamiento en torno a esta cuestión es oscuro. Por otra parte, los aportes marxistas posteriores, como *La Ética y la Concepción Materialista de la Historia* de Kautsky, se hallan lejos de acceder al nivel de una discusión filosófica genuina. Sólo diré que creo posible y plausible una interpretación de las concepciones éticas de Marx en el sentido de que son tanto racionalistas como historicistas, es decir, que reconocen la existencia de algunas necesidades humanas básicas y permanentes, que deben ser satisfechas y que pueden ser expresadas en algún ideal moral coherente, y, sin embargo, la visualización de estas necesidades en las diferentes formas que asumen en diferentes Estados históricos de la sociedad.

Un enfoque de esta índole nos posibilitaría resolver otro problema de la teoría de las ideologías, vale decir, que aunque aparece como saturada de relativismo permite, no obstante, en combinación con otras partes de la teoría de Marx, un dogmatismo ilimitado. Esto ocurre de la siguiente manera: todas las ideas morales son ideas de clase, y, por lo tanto, relativas, pero la clase obrera es la clase ascendente en la moderna sociedad (como lo muestra la parte sociológica de la teoría) y, por lo mismo, sus ideas morales son superiores y deben prevalecer. Las críticas que se formulen a los fines sociales y políticos de la clase obrera, y aun hasta a los medios que se empleen para lograrlos, pueden surgir solamente desde otras posiciones de clase y deben ser condenadas inmediatamente como inferiores, porque están *dépassées*. De esta guisa no sólo es posible adoptar una posición moral absolutista, sobre la base de una teoría moral relativista, sino que la teoría de la ideología puede ser utilizada para descartar cualesquiera argumentos de los adversarios, ya sean de carácter moral o teórico. Apenas si es necesario observar que los marxistas han utilizado literalmente *ad nauseam* la teoría de este modo. Esto quizás haga más imperativo decir que Marx mismo no argumentó de esta manera. Primero, está el elemento mencionado anteriormente en el pensamiento de Marx, el que se preocupa de una esencia humana permanente o la moralidad. Segunda, un examen cuidadoso de la obra de Marx demuestra que él jamás descartó un punto de vista teórico serio sólo sobre el fundamento de que no expresaba una ideología no-proletaria. Desde su crítica a Bauer en *La cuestión judía*, a través de *La miseria de la filosofía*, hasta el examen crítico de la moderna economía política en *El capital* y *Las teorías de la plus-*

*valía*, Marx se esfuerza primordialmente por demostrar, mediante argumentos teóricos y pruebas empíricas, que los puntos de vista que él combate son *falsos*, y sólo después, si es que ocurre, es que se refiere a sus fuentes ideológicas. Hay un buen ejemplo en una de las secciones menos conocidas de *La ideología alemana*, donde Marx critica el utilitarismo sobre la base de que reduce todas las relaciones humanas a la única relación de la utilidad, lo que resulta en una concepción falsa de la naturaleza humana y de la vida social. Sólo de concierto con su estudio teórico de la doctrina utilitarista es que Marx propone una versión sociológica de ésta como una ideología que refleja el tipo de relaciones sociales que el capitalismo moderno tiende a producir. Creo que en este caso tanto el análisis teórico como el sociológico son extraordinariamente fecundos. Este último podría desarrollarse mucho más, como lo hizo, por ejemplo, Simmel en su *Filosofía del dinero*, muy fuertemente influida por las ideas de Marx.

Sin embargo, no deseo destacar la rectitud científica de Marx como el único freno a sus entusiasmos ideológicos, aunque no pueda negarse que ofrece un contraste impresionante con la actitud de algunos de sus seguidores. También está el hecho de que mientras Marx vivió su análisis teórico y su fidelidad al movimiento obrero fueron congruentes y, en cierto sentido, se apoyaban recíprocamente. El movimiento obrero se desarrolló espontáneamente y Marx pudo justificar fácilmente su tesis de que estaba analizando y explicando un proceso real de cambio social. El abismo entre las clases se estaba ensanchando; la conciencia de clase estaba creciendo; las relaciones entre las clases en efecto constituían la médula del problema social y las nuevas doctrinas de las organizaciones de la clase obrera heraldaban la sociedad sin clases pronosticada por Marx. De esta suerte, la teoría de Marx podía hallar confirmación empírica y la prueba empírica suministraba una cierta medida de respaldo racional y fáctico a las convicciones morales de Marx. El estrecho vínculo entre estos dos aspectos se muestra especialmente en la proyectada *enquête ouvrière* de 1880, que está, en primer lugar, en la tradición de una larga serie de encuestas empíricas sobre las condiciones de la clase trabajadora, pero que, en segundo lugar, va más allá de esto, al tratar de fundamentar el principio de una investigación de las condiciones de la clase obrera por la clase obrera misma, y que lo hace para combinar en un solo empeño de investigación tanto la exploración fáctica como una intensificación de la conciencia de clase. En este caso, los dos propósitos de Marx se hallan en perfecta concordia. Podemos formularnos la pregunta de si la combinación es legítima y yo daría una respuesta afirmativa con ciertas condiciones. Si la sociología ha de aplicarse en alguna forma a la vida social actual,

entonces una de sus más importantes aplicaciones debiera ser la difusión amplia del conocimiento sobre la naturaleza de las relaciones sociales en una sociedad a los fines de incrementar la autoordenación consciente por el hombre de su vida social. Y en sociedades donde clases completas de hombres han sido excluidas de tomar parte significativa en la ordenación de los asuntos públicos, entonces resulta apropiado concentrar en la tarea de despertar y fomentar en esas clases una conciencia de su lugar en la sociedad, de su pobreza material e intelectual, de su falta de derechos, de su exclusión del poder. Sin embargo, a medida que aumenta el conocimiento de la sociedad, a medida que cambia la posición de las clases, el pensamiento sociológico debe seguir estos movimientos, revisar sus juicios iniciales y concebir nuevas pruebas empíricas. En esta coyuntura es que Marx y los marxistas discrepan. Para tomar sólo un ejemplo: no creo que haya habido un solo aporte importante al estudio de las modernas clases sociales de la parte del marxismo ortodoxo. Y, sin embargo, la influencia de Marx ha sido inmensa. Dos obras recientes, una teórica —el libro de S. Ossowski, *Class Structure in the Social Consciousness*— una histórica —*The Making of the English Working Class* por E. P. Thompson— demuestran cuán fructífera puede ser esa influencia, mientras uno no sea un marxista ortodoxo.

En esta ponencia me he ocupado de una revaluación de la sociología de Marx con respecto a su "marxismo". Nada he dicho, salvo por implicación, sobre la validez o utilidad de sus teorías en el presente, principalmente porque ese es el tema de otra ponencia, por el profesor Coser. ¿Pertenece sencillamente el pensamiento de Marx a la historia de la sociología o alguna parte de él sobrevive hoy como elemento significativo en el *corpus* general de la teoría sociológica aceptada? Creo que lo último es cierto, que el modelo de "conflicto" de Marx, y especialmente la teoría de las clases, su versión de las ideologías y su teoría de la revolución, deben hallar su sitio en una teoría sociológica, pero también que ambas son importantes. Pues la sociología no es justamente como una ciencia natural donde la teoría adelanta por una trayectoria lineal y la historia de su tema es sencillamente su historia, no fundamental para la comprensión de principios teóricos; la sociología es también un poco parecida a la filosofía en que los problemas perennes son escudriñados desde diversas perspectivas y donde el conocimiento de estos diversos enfoques y sus sucesivas apariciones constituyen la aprehensión teórica del tema. En este sentido, yo creo que jamás terminaremos con la revaluación de Karl Marx.